

Ante el Congreso Catequístico Nacional

(La Inteligencia y la Voluntad del Catequizando)

El catequista es el gran educador de la niñez. Dícese que la obra del educador tiene gran analogía con la del escultor; y es verdad. Porque "educar" es formar, es elevar y sacar a un ser de las tinieblas de la carencia e imperfección a un estado de luz y de perfección.

Escultor de almas es el catequista, en las que debe delinear y esculpir la figura del verdadero cristiano. Por eso acertadamente se puede afirmar que la catequesis es el gran taller y fábrica donde se elaboran los cristianos.

Siguiendo la metáfora, creo que podríamos estudiar en muchos la marca de fábrica, y advertir en ellos algunas piezas defectuosas y material falsificado que proviene del catequista fabricante.

Veamos cuáles son esos defectos.

Los catequistas no deberíamos olvidar nunca que el niño es un ser racional, y que procediendo con lógica, debemos educarle racionalmente, no mecánicamente. En él hay imaginación, sensibilidad, memoria, inteligencia, voluntad. Todas estas facultades cultivadas y perfeccionadas darán por resultante el perfil psicológico y carácter del niño.

El error ha estado y está en que muchas veces la catequesis se orienta al cultivo de la imaginación y sensibilidad, y más aún de la memoria; dejando en olvido la inteligencia de las tres primeras, pero queremos hacer notar en este artículo la supremacía de las otras dos; la trascendencia capital de formar bien

la inteligencia y la voluntad del catequizando con las verdades de la fe.

Luz en el cerebro, calor en el corazón; clarores de verdad en la mente y afectos e impulsos profundamente sentidos en la voluntad, son las dos alas con que volará el niño cuando ya grandecito salte del nido de la catequesis.

1—La Inteligencia

Una de las dificultades para ilustrar la inteligencia del muchacho es su innata inquietud. Apenas se consigue prestarle atención sino por pocos minutos; siendo ella el único hilo de comunicación entre el maestro y los discípulos. Sin atención, la explicación del maestro pasará sobre las cabezas de los niños como una nube estéril.

Cuando el catequista desarrolla una verdad ante personas mayores, el enemigo que debe espantar del auditorio es el sueño, que no es sino una quietud superlativa. Por el contrario cuando habla ante un grupo de párvulos, deberá hacer las paces y dominar políticamente la inquietud de azogue que llevan dentro de sí.

Esta dificultad se da en todas las catequesis del mundo; pero entre nosotros más, a causa de la falta de catequistas.

Hay pocos catequistas. Nuestras secciones no son de veinte muchachos, como aconsejan los especialistas, sino que a veces multiplican esa cifra por diez, y dan un resultado de doscientos muchachos para cada maestro de sección. Así el control y actividad de éste se divide en mil direcciones, y el contacto e influencia que ejerce en cada catequizado es mínimo. Consecuentemente la atención de estos es también mínima.

Esta razón debe movernos a formar muchos y diestros catequistas entre los Jóvenes y las Jóvenes de Acción Católica; así llegaríamos a poseer catequesis bien organizadas y disciplinadas. Pero hasta que amanezca ese día venturoso, hagamos lo que podamos.

¿Qué hacer para que la turbamulta de niños atienda nuestras explicaciones? — Preparar muy bien, a conciencia la materia explicable. Si el catequista se prepara antes, explicará con claridad después; si hay claridad no andará él dando palpones, y los niños atenderán bien porque verán y entenderán.

Más para que los pequeñuelos entiendan al maestro, debe él primero entenderles a ellos. Debe bajarse y tomarles la medida. Qué talla mental alcanzan, qué fuerzas de voluntad tienen, qué extensión en largo y ancho mide el léxico de su vocabulario. Así podrá vestir sus facultades con ropaje de doctrina hecho a la medida y según la moda del día.

Esto, amigo lector, requiere práctica, mucha práctica; es decir ejercicio continuo. Cuentan que al gran orador griego le preguntó un discípulo: "Maestro, cuál es la primera condición para ser buen orador?" Y que Demóstenes respondió.— La primera es la declamación. — Y cuál es la segunda? — La declamación. — Y cuál la tercera? — También la declamación".

Creo que podríamos decir algo semejante de las cualidades del buen catequista. La primera condición y cualidad es la práctica, la segunda es la práctica, y la tercera también la práctica.

En ese ejercicio diario de prácticos, no de teóricos, se llega a conocer los misterios oscuros de la inteligencia infantil. Ahí en medio de ese océano inquieto de la muchachada, el catequista cual paciente pescador de caña, después de horas consigue agarrar con el anuelo de su explicación las cabezas y los corazones de esos peces inocentes. Qué bien podríamos aplicar a los catequistas aquel texto de nuestro Señor: "faciam vos piscatores hominum".

Para que el catequista logre este aproximamiento a la mentalidad del niño, ha de acudir a los medios más variados.

Uno será examinarles si han aprendido de memoria la lección señalada. Pero ha de buscar una memorización inteligente, no puramente mecánica.

Otro medio es preguntar mucho y salteado. Da la experiencia que los niños no pueden guardar silencio. Muchas veces responden aún sin ser interrogados; ansían responder a toda cuestión formulada, aún sin entenderla; y aprecian como gran distinción y honra el ser examinados ante sus compañeros. Esto sucede entre los menores; porque pasada ya la edad como de diez años, prefieren parapetarse en un prudente silencio y temen los tiros de todo interrogatorio personal.

Si el catequista pregunta mucho, explicará poco; lo cual no es defecto sino una excelente virtud para hacerse entender. Porque explicando poco, repite mucho y adelanta también mucho; o si no mucho, tanto al menos cuanto permiten las facultades tiernas del niño.

Los niños están dotados de muy poca capacidad y agilidad mental; tienen entendimiento de cucharilla y vuelo de pichón. Son polluelos en cuyo pico no entran sino pedacitos de comida desmenuzada por su madre. Son embase vacío para llenar por un orificio diminuto. Por esto si el catequista se excede en la cantidad o en el tiempo de explicación, salen los oyentes empachados de catecismo y bañados por fuera, pero no convenientemente llenos.

Alcanzará esto mediante la variedad, además de los medios indicados. Entre los muchachos hay unos de tipo óptico, hay otros de tipo acústico, otros en fin de tipo cinestético. Es decir que influye en ellos de un modo preponderante el sentido de la vista, o el del oído o el movimiento. Ese sentido podrá ser el clavo apto para colgar y fijar un concepto determinado en las inteligencias de los niños.

A todos se puede dar contento variando así la explicación. A veces usando las láminas y el tablero donde se trazan gráficos; otras cantando, otras moviéndose rítmicamente con la declamación.

Es sorprendente el gozo que los niños experimentan cantando, aunque lo hagan desentonadamente; y cómo desean ponerse en movimiento. Algunos instintivamente comienzan a llevar el compás agitando el brazo con su dedo índice en ristre a falta de batuta, y desahogan su nerviosismo en un aplauso cerrado y larguísimo por cualquier bagatela, si se les permite. Es el sentido cinestético que bulle en ellos.

El todo está en que el profesor se

adentre en el entendimiento de los muchachos, y grave allá dentro con toda precisión las ideas de la religión cristiana.

Para esto cuenta con una ventaja a su favor. El sol de la inteligencia nublado y oculto en el infante, alcanza los primeros destellos hacia los siete años en el niño, amaneciendo para él el uso de razón. El uso de la razón sí; pero (si se me permite la expresión) la propiedad y el dominio de la razón no. Podríamos decir que el dominio y propiedad de esa razón quedan en manos del educador. Por tanto, en términos pedagógicos, el catequista es dueño de la inteligencia de sus discípulos.

Dóviles, blandos como la cera se entregan en sus manos para recibir cualquier idea. Ojalá una vez moldeados, los vuelva duros como el bronce para retener esas mismas ideas!!!

Pero esto será factible? Sí lo es, hasta cierto punto.

Según teorías bien autorizadas en biología y psicología, toda idea, en la misma medida que se mezcla con la sensación, constituye necesariamente un empuje hacia el acto correspondiente. Esto es debido a la sensibilidad y a la memoria celular que tienen su asiento en las neuronas; las cuales por su jerarquía y mando, mediante reacciones y movimientos de orden mecánico y bioquímico influyen en las células musculares y glandulares.

Esto lo conseguirán con más facilidad las neuronas superiores dueñas de todo el organismo, cuando se mantiene o repite con frecuencia una misma idea. Más aún, si la repetición de esa idea se acentúa y prolonga tenazmente, en ese caso por cualquiera impresión que recibiera una neurona y llegue a repercutir en un centro jerarca, irá la reacción desde allí a las células musculares a suscitar el acto correspondiente. Así se explica la facilidad de obrar por hábitos contrarios.

Luego tenemos que toda idea provoca por su repercusión en el organismo un empuje hacia el acto; y que la práctica de fomentar una misma idea dará paso a paso como secuela la ejecución fácil, normal y casi automática de esos actos.

Aún hay más. Según enseña el com-

petente psicólogo Padre A. Eymieu, S. J., cualquier idea ejerce más o menos eficacia según se halle más o menos mezclada con sensaciones.

"Cuanto más vaya una idea sensibilizándose o encarnándose por medio de sus armónicos espontáneos o por su evolución psicológica; cuanto más vayan descendiendo a través de los recuerdos e imágenes a la carne y al órgano por la sensación o por la emoción o por un principio de acto; cuanto más fácil y hasta necesario resulte el acto definitivo...., tanto más eficaz será la idea".

"Cuanto más rica sea una idea por sus elementos psicológicos (pensamientos, raciocinios, recuerdos, imágenes, sensaciones, sentimientos, emociones, hábitos) tanto más fuerte será su masa. Y cuanto más completa sea, asociada con la actividad de facultades diversas; tanto será más sólida y más difícil de romperse, como la red formada con el tejido de muchos hilos entrelazados".

Por tanto podemos deducir: la potencia que una idea religiosa tiene para impulsar a la ejecución del acto depende de su cualidad psicológica, es decir del grado de su aproximación al organismo o de su encarnación en él; y de su cantidad, es decir de la riqueza y complejidad de sus elementos y del grado en que se asocia con ellos.

Ahí pues está el secreto y la tarea del perfecto catequista. Cuántas cosas nos podría haber dicho acerca de esto el llorado P. Martín Ordiozola, experto baquiano en estas andanzas.

Debemos depositar las ideas religiosas en los sentidos del niño, y así penetrar hasta su inteligencia; dejándolas allá esculpidas, encarnadas, enroscadas y trenzadas con todas las fibras de su ser para que ni el rodar de los años ni el choque de las pasiones puedan borrarlas o arrancarlas.

Iluminada la inteligencia con tales ideas religiosas, que son rayos claros del Sinaí y no fuegos fatuos, bajará el niño de las cumbres de su niñez inocente como otro Moisés cornúpeto y bien barbado para luchar varonilmente contra los sofismas de esta sociedad jaganizada.

En el siguiente número trataremos de la Voluntad del catequizando.

Victor M. Salcedo, S. J.